



Hijo deste rey de Toledo fué otro Hissem, nieto de Almenon, bien que algunos dan más antiguo principio que éste á los reyes moros de Toledo. La verdad es que aquella ciudad, con sus reyes que tenía ó tomaba, muchas veces se rebeló contra los reyes de Córdoba. Los moradores de ella se atribuían el primer lugar entre las ciudades de España, y por esta causa no podían llevar que les hiciesen demasías. En otras ciudades remanecieron otrosí nuevos reyes; mas no hay para qué contarlos aquí, ni áun se podría hacer con precisión y claridad.

Basta saber que estos señoríos se conservaron y permanecieron hasta tanto que los almoravides, linaje y gente muy poderosa, de África, pasaron en España, con su rey y caudillo The-sephín, que fué el año de los árabes de cuatro-cientos y ochenta y cuatro, año que concurre con el de mil y noventa y uno de Cristo, y en otro lugar más á propósito se relatará. Al presente volvamos atras al cuento de las cosas que los cristianos, el conde D. Sancho y el rey don Alonso obraron.

CAPITULO XXVII

De lo demás que sucedió en tiempo del rey D. Alonso.

D. Sancho, conde de Castilla, deseoso de vengar la muerte de su padre, con ayuda de los leoneses y navarros, con quien el año pasado puso confederacion, entró por tierra de Toledo metiendo á fuego y á sangre todo lo que topaba. El mismo estrago hizo en tierra de Córdoba, hasta donde los nuestros entraron, animados con el buen suceso: en ambas partes hicieron presas de hombres y de ganados. Si los daños fueron grandes, mayor era el miedo y quebranto de los moros, que divididos en bandos y por las discordias civiles apenas se conservaban, tanto que los que poco ántes ponían espanto al nombre cristiano, fueron forzados de comprar por gran dinero la paz. Sepúlveda, asentada en la frontera, se ganó de moros, y con ella Osma, Santistéban de Gormaz y otros pueblos por aquella comarca, que en la guerra pasada se perdieran, volvieron á poder de cristianos. Desde este tiempo se otorgó á la nobleza de Castilla, como dicen muchos autores, que no fuesen forzados á hacer la guerra á su costa sólo con esperanza de la presa, segun acostumbraban á hacer ántes, sino que les señalasen sueldo á la manera que en las otras naciones estaba recibido de todo tiempo. La reputacion y gloria que el conde

D. Sancho ganó por esto camino, escureció grandemente la muerte que dió á su madre con esta ocasion. Aficionóse ella á cierto moro principal, hombre muy dado á deshonestidades y membrudo. Dudaba de casarse con él, no tanto por el escrúpulo, como por miedo de su hijo: recelábase de la saña que el dolor y afrenta le causarían: determinó con darle la muerte hacer lugar y camino á aquellas bodas malvadas: aparejábale ciertos bebedizos y ponzoña mortal.

El conde, avisado de todo, forzó á su madre, con muestra de honrarla, aunque lo rehusaba y contradecía, de hacerle la salva y gustar la bebida que le daba. Principio de que algunos sospechan nació la costumbre recibida y muy usada en algunas partes de España, que las mujeres beban ántes que los varones. Otros refieren que una camarera de la condesa, que la vió destemplan las hierbas, dió aviso á su marido (no falta quien le llame Sancho del Valle de Espinosa), y él al conde, y que por este servicio tan señalado desde entónces ganó el privilegio que hasta hoy tienen los de su tierra, los Monteros de Espinosa, de guardar de noche la persona y la casa real. Verdad es que para dar este cuento por cierto yo no hallo



fundamentos bastantes, y todavía la Valeriana lo refiere en el libro VIII, título I, capítulo V, y los naturales de aquella villa lo tienen y afirman así como cosa sin duda. Dicen más: que el conde, con deseo de satisfacer este mal caso, y por amansar el odio que contra él acerca del pueblo resultara por un delito tan feo, edificó un monasterio de monjas, y del nombre de su madre le llamó de Oña, que el tiempo adelante D. Sancho, rey de Navarra, dió á los monjes de Cluni, y en nuestra era tiene el primer lugar entre los demas monasterios de aquella comarca.

Hobo D. Sancho en su mujer doña Urraca á su hijo D. García, y tres hijas, que fueron doña Nuña, doña Teresa, doña Tigrida; las dos primeras fueron casadas con grandes señores, Tigrida abadesa en el monasterio de Oña. Por el mismo tiempo se abrió y allanó, á costa del conde D. Sancho, nuevo camino para que los extranjeros pasasen á la ciudad é iglesia de Santiago, es á saber, por Navarra, la Rioja, Briviesca y tierra de Búrgos, como quier que ántes por ser el señorío de los cristianos más estrecho los peregrinos de Francia acostumbraban á hacer su camino con grande trabajo por Vizcaya y los montes de Astúrias, lugares faltos de todo, ásperos y montuosos. El rey don Alonso ese mesmo por beneficio de la larga paz que resultaba, así de las discordias de los moros, como de la confederacion hecha entre los principes cristianos, vuelto su cuidado á las artes de la paz y al gobierno, hacia córtes generales de su reino en Oviedo el año de nuestra salvacion de mil y veinte. En estas córtes se reformaron las antiguas leyes de los godos. Asimismo la ciudad de Leon, que por las entradas de los moros quedó assolada y hecha caserías, por diligencia del rey y á su costa se reparó, y en ella levantó un templo con advocacion de San Juan Bautista, obra de barro y de ladrillo; allí trasladaron los huesos de su padre D. Bermudo y de los otros reyes de Leon, que por miedo de los moros andaban mudando lugares; con que quedaron puestos en sepulcros ciertos y estables. El monasterio otrosí de San Pelagio se reedificó, en que doña Constanza, hermana del rey, virgen consagrada á Dios, vivió mucho tiempo.

Los intentos y acometimientos de D. Vela contra los condes de Castilla, de quien por particulares intereses y agravios se tenía por injuriado, cuán grandes hayan sido, arriba queda declarado. Á tres hijos deste caballero, es á saber, Rodrigo, Diego é Iñigo, el conde don Sancho no sólo los perdonó, sino les volvió las honras y cargos de su padre; mas ellos, sin embargo desto, tornaron en breve á sus mañas y á lo acostumbado. Y áun sobre las desórdenes pasadas añadieron una nueva deslealtad, que dejado el conde D. Sancho se pasaron á D. Alonso, rey de Leon; de los moros poca ayuda podían esperar, por estar tan revueltas sus cosas y por la mudanza de tantos principes como queda dicho. Recibiólos benignamente don Alonso, dióles á la halda de las montañas estado no pequeño con que se sustentasen como señores; pareció por un poco tiempo estar sosegados, como quier que á la verdad esperaban ocasion de mostrar nueva deslealtad, segun se entendió por lo que en breve pasó de la suerte que poco despues se dirá.

El rey D. Alonso, deseoso de ensanchar su estado, rompió por la Lusitania; púsose sobre la ciudad de Viseo que pretendia ganar de los moros. Avino que cierto dia, desarmado y con poco recato, se llegó mucho á la ciudad. Tiráronle de los adarves una saeta con que le mataron. Los suyos por esta desgracia alzaron luégo el cerco, y el cuerpo del difunto, los obispos que fueran á aquella guerra, le acompañaron hasta Leon, y le enterraron en la iglesia de San Juan que él mismo edificara, para poner allí los sepulcros de sus padres. Sucedió esto el año de nuestra salvacion de mil ventiocho. Dejó un hijo y una hija, D. Bermudo, que le sucedió en el reino, y doña Sancha de pequeña edad. En aquel tiempo florecieron por santidad de vida dos obispos, Froylano de Leon y Atilano de Zamora. Froylano fué natural de Lugo, Atilano de Tarragona. De monjes de San Benito, que lo eran en el monasterio de Moretuela, no léjos de Leon, los sacaron para obispos y los consagraron en un dia. Fué Atilano de ménos edad, discipulo de Froylano, mas igualóle en virtud, vida y milagros. Algunos, á estos varones santos los ponen más de cien



años ántes deste tiempo, nosotros seguimos lo que nos pareció más probable.

Tenía el principado de Barcelona de tiempo atras un hijo de D. Ramon, que se decia don Berenguel, y del nombre de su abuelo le llamaron por sobrenombre Borello, más conocido por su ociosidad y poco valor que por alguna virtud. La falta deste príncipe, con que las cosas de los cristianos amenazaban ruina, reparó en gran parte Bernardo Tallaferro, conde de Besalú, que hacia rostro con valor á los moros.

Y muerto él, que se ahogó en el Ródano, en ocasion que pasaba á Francia, suplió sus veces Wifredo, conde de Cerdaña, hasta alanzar los moros de aquella comarca, que no cesaban de hacer correrías y cabalgadas en las tierras de cristianos. Á la muerte de D. Berenguel le quedaron tres hijos, D. Ramon, conde de Barcelona, D. Guillen, conde de Manresa por testamento de su padre, y D. Sancho, monje que fué benito.



## CAPÍTULO XXVIII

### De D. Bermudo el Tercero, rey de Leon.

D. Bermudo, tercero de este nombre, aunque era de pocos años cuando su padre le faltó, fué alzado y coronado por rey, presentes los grandes del reino y los obispos, el año de mil y veintiocho, en que falleció otrosí D. Sancho, conde de Castilla, despues que tuvo el gobierno de Castilla por espacio de veintidos años. En el monasterio de Oña, que edificó á su costa, como queda arriba dicho, cerca del altar mayor, á mano izquierda, se muestran tres sepulcros con sus letreros: el uno del conde D. Sancho, el otro de su mujer doña Urraca, y el tercero de D. García, su hijo, el cual, muerto su padre, sucedió en aquel estado. Daba de sí grandes esperanzas por las muestras de sus virtudes, mas todo se fué en flor, por su muerte, que le dieron alevosamente dentro del primer año de su gobierno los que ménos fuera razon, y lo que es más notable, en la misma alegría de sus bodas. Tenía D. García dos hermanas: doña Nuña y doña Teresa. Doña Nuña (á quien otros llaman Elvira y otros Mayor, creo por la edad), casó sin duda con D. Sancho, rey de Navarra, y del que tenía ya por este tiempo estos hijos: D. García, D. Fernando y D. Gonzalo. Doña Teresa, ó en vida de su padre, ó luégo despues de su muerte, casó con don Bermudo, rey de Leon: deste matrimonio tu-

vieron un hijo, llamado D. Alonso, que murió muy niño. D. García, conde de Castilla, aunque de poca edad, ca no tenía más de trece años, se desposó á trueco con doña Sancha, hermana del rey D. Bermudo.

Procurábase con estos parentescos que el concierto fuese adelante, que pocos años ántes se asentára entre los principes cristianos, con que parecia las cosas comunes y particulares alzaban cabeza, y no se turbase la paz. Señalaron la ciudad de Leon para celebrar estas bodas ó desposorios. Llevaba el conde D. García grande atuendo y acompañamiento de gente principal, así de sus vasallos, como del reino de Navarra. El mismo rey D. Sancho, con sus hijos D. García y D. Fernando, para honralle más le acompañaron, y con ellos muchedumbre de soldados que representaban un ejército entero. Estos soldados ganaron de camino á Monzon, castillo asentado no léjos de Palencia; al tanto hicieron de otros pueblos por aquella comarca, que los quitaron al conde Fernan Gutierrez, que por desprecio del nuevo y mozo principe, se levantára con ellos; sin embargo, por rendirse de su voluntad, y sin dificultad sujetarse á la obediencia, le fué dado perdon. Hacian las jornadas pequeñas, como era necesario por ser tanta la multitud de gente que

llevaban. D. García, con deseo de apresurarse por ver á su esposa, dejó al rey D. Sancho en Sahagun, y él, con pocos á la ligera, se adelantó sin algun recelo de lo que sucedió, como quien iba á fiestas y regocijos, sin sospecha de trama semejante.

Á los hijos de D. Vela, por el mismo caso, pareció aquélla buena coyuntura para satisfacerse de los agravios que pretendian les hiciera el conde D. Sancho, á sin razon.

Eran hombres, por la larga experiencia de cosas, arteros y sagaces; comunicaron su intento con los que les parecieron más á propósito para ayudarles á ejecutar la traicion, hombres homicianos, de malas mañas. Las asechanzas que se paran en muestra de amistad, son más perjudiciales. Salieron á recibir entre los demas al principe, su señor, que venia bien descuidado. Puestos los hinojos en tierra, y pedida la mano, le hicieron la salva y reverencia entre los españoles acostumbrada. Juntamente con muestra de arrepentimiento, le pidieron perdon. Otro tenian en su pecho desleal, como en breve lo mostraron. ¿Quién sospechára debajo de aquella representacion malicia y engaño? ¿quién creyera que, alcanzado el perdon, no pretendieran recompensar las culpas pasadas con mayores servicios? No fué así, ántes se apresuraron en ejecutar la maldad y dar la muerte á aquel principe, por su edad de sencillo corazon, y que por todos respetos no se recataba de nadie; el tiempo, las alegrías, el hospedaje, el acompañamiento, todo le aseguraba.

Salíó á oír misa á la iglesia de San Salvador, cuando á la misma puerta de la iglesia los traidores le sobresaltaron y acometieron con las espadas desnudas. Rodrigo, el mayor de los hermanos, sin embargo que le sacára de pila cuando le bautizaron, le dió la primera herida, como traidor y parricida malvado. Los demas acudieron y secundaron sus golpes hasta acabarle. Doña Sancha, ántes viuda que casada, perdió el sentido y se desmayó con la nueva cruel de aquel caso. Luégo que volvió en sí, acudió á aquel triste espectáculo, abrazóse con el muerto, henchia el cielo y la tierra de alaridos (como se deja entender), de sollozos y de lágrimas; miserable mudanza de las cosas, pues

la mayor alegría se trocó repentinamente en gravísimo quebranto. Apénas la pudieron tener que no se hiciese enterrar juntamente con su esposo. Depositaron el cuerpo en la iglesia de San Juan, despues le trasladaron al monasterio de Oña, hoy en ambos lugares se ve su sepulcro. Mudóse con esto el estado de las cosas, y trocóse toda España. D. Sancho, rey de Navarra, que en los arrabales de Leon se estaba con sus tiendas, que tenía levantadas á manera de reales, heredó el principado de Castilla, cuyo título y armas de conde mudó él en armas é insignias reales, por donde su poder comenzó á ser sospechoso y poner espanto al rey de Leon. Los traidores se huyeron y se metieron en Monzon, por ventura con esperanza que Fernan Gutierrez, ofendido contra los principes D. García y el rey D. Sancho por las plazas que le quitaron, fácilmente se juntaria con ellos y aprobaria lo hecho; pero, ó que él los entregase, ó por diligencia del rey D. Sancho que les siguió por todas partes, fueron presos y quemados: justicia con que castigaron su delito y quedaron escarmentados los demas, y muestra que los atrevimientos desleales no quedan sin castigo.

El rey D. Bermudo, escarmentado por la muerte de su padre, se mostraba amigo de la quietud; y por el nuevo desastre del principe D. García avisado de la inconstancia de las cosas, volvió su ánimo y pensamiento al culto de la religion y á las artes de la paz. Primeramente, con deseo de reformar las costumbres del pueblo, que la libertad de los tiempos estragára y por la malicia de los hombres, dió orden como se hiciese justicia á todos, promulgó leyes á propósito desto, y no con ménos diligencia quitó de todo su reino los robos y salteadores, y con grandeza de castigos hizo que ninguno se atreviese á pecar.

Con estas obras ganó las voluntades de los naturales, y su reino parecia florecer con los bienes de una grande paz. No es duradera la prosperidad: D. Sancho, rey de Navarra, con ambicion, fuera de tiempo la alteró por esta causa. D. Bermudo no tenía hijos, y entendíase que la sucesion del reino, conforme á las leyes, recaía en doña Sancha su hermana. Recelában-



se los de Leon que por esta via, como suele acontecer cuando las hembras heredan, no entrase á reinar algun príncipe forastero. Deseaba el rey, deseaban los naturales acudir á este daño y peligro que amenazaba. Sintió esto D. Sancho, rey de Navarra, como era fácil. Atreviéndose, engañando, moviendo y enlazando unas guerras de otras, suelen los reyes hacerse grandes. Una y la más principal causa de mover guerra es la mala codicia de mando, poder y riquezas. Juntó, pues, un grueso ejército de sus dos estados, con que entró haciendo daño por el reino de D. Bermudo. Tomóle todo lo que poseía pasado el rio Cea, y parecía que con el progreso próspero de las victorias sojuzgaria toda la provincia y tierras de Leon.

D. Bermudo, avisado por estos daños, y á persuasión de los grandes que querían más la paz que la guerra, se inclinó á concierto y pleitesía. Las condiciones fueron éstas: doña San-

cha case con D. Fernando, hijo segundo del rey de Navarra; désele en dote de presente todo lo que en aquella guerra quedaba ganado: para adelante quedese esposa nombrada por sucesora en el reino. Partido desventajado para los leoneses; pero de que en toda España resultó una paz muy firme entre todos los cristianos, y casi todo lo que en ella poseían vino á poder y señorío de una familia. Demas desto (cosa notable) en un mismo tiempo los dos señoríos, el de Castilla y el de Leon, recayeron en hembras, y por el mismo caso en mando y gobierno de extraños; accidente y cosa que todos suelen aborrecer asaz, pero diversas veces ántes deste tiempo vista y usada en el reino de Leon; si dañosa, si saludable, no es deste lugar disputallo ni determinallo. Á la verdad, muchas naciones del mundo fuera de España nunca la recibieron ni aprobaron de todo punto.

### CAPÍTULO XXIX

De D. Sancho el Mayor, rey de Navarra.

Era D. Sancho hombre de buenos años, cuando hobo para sí el señorío de Castilla, y á su hijo D. Fernando abrió camino para suceder en el reino de Leon.

Las cosas que hizo en toda su vida, muy esclarecidas, no sólo le dieron reoombre de don Sancho el Mayor, sino tambien vulgarmente le llamaron emperador de España, como acostumbra el pueblo sin muy grande ocasion adular á sus príncipes y dalles títulos soberanos. Puso su asiento y morada en la ciudad de Nájara, por estar á las fronteras y raya de Castilla y de Navarra. Cuidaba del gobierno de sus Estados y de las cosas de la paz, mas de manera que nunca se olvidaba de la guerra. Lo primero movió con sus gentes contra los moros, que por estar alborotados con discordias entre sí podían más fácilmente recibir daño. Tenía soldados viejos y provisiones apercebidas de ántes. Las talas y daños que hizo fueron muy grandes, sin parar hasta llegar á Córdoba: ninguno de los moros se atrevió á salirle al encuentro. Pero al mismo tiempo que el rey ponía con la guerra espanto, destruía y saqueaba pueblos, campos y castillos, una desgracia que sucedió en su casa le hizo dejar la empresa.

El caso pasó desta manera. Cuando se iba TOMO IV

á la guerra encomendó á la reina grandemente un caballo, el mejor y más castizo que tenía; que en aquel tiempo ninguna cosa más estimaban los españoles que sus caballos y armas. D. García, hijo mayor del rey, pidió á su madre la reina le diese aquel caballo. Estaba para contentalle, sino que le avisó Pedro Sesse, hombre noble y caballerizo mayor, que el rey recibiría dello pesadumbre. D. García, como fuera de sí por haberle negado lo que pedía, sea por creer de véras que no sin causa las palabras de Pedro Sesse podían más con la reina que su demanda, ó falsamente y con deseo de vengarse, determinó acusar á su madre de adulterio. La prosecucion desto no la trató con ímpetu de mozo, ántes para dar más color al hecho, mansamente convidó y atrajo á D. Fernando su hermano para que le ayudase en aquella empresa. Parecióle á D. Fernando al principio impío aquel intento y desatinado; despues, de tal manera disimuló con aquel enredo, que con juramento prometió de estar á la mira, sin allegarse á ninguna de las partes.

La acusacion de D. García alteró grandemente el ánimo del rey luégo que supo lo que pasaba. Acudió á su reino. Extrañaba mucho lo que cargaban á la reina. Moviale por una parte su conocida honestidad y la buena fama